

Falta el nº - 4



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27. Madrid.

LA LIDIA

REFRACTARIOS á ocuparnos de nosotros mismos, por juzgarlo siempre como máscara de petulancia ó inmodestia, sólo en ocasiones como la presente rompemos esta norma de conducta, por venir obligados á dar cuenta al público de nuestros pensamientos y resoluciones.

Tras una vida periodística de doce años, en materia tan árida como la que constituye nuestra especialidad, sostenida constantemente por un grande y decido apoyo de la opinión que, por fortuna no nos ha faltado nunca, ni nos falta, cúmplenos, obrando con la lealtad que á la misma opinión debemos, manifestarle que, á pesar de ello, LA LIDIA cierra con el presente año su publicación.

El acto que ahora llevamos á cabo, y del que se registrarán pocos ejemplos, anunciando con considerable antelación nuestra retirada, equivale á la demostración práctica de que tenemos asegurados las mismas aptitudes, los mismos elementos y el mismo favor que nos han permitido y nos permitirán este año una vida desahogada é independiente.

Pero en nuestra manera de ser, pesan otras consideraciones que nos impulsan á tomar esa resolución. Cuando LA LIDIA vino al estadio de la prensa, el espectáculo nacional estaba en su apogeo, sostenido por dos atletas, cuya pericia y valía se reflejaban en una afición henchida de entusiasmo y casi rayana en locura. Nuestra Revista, desde sus primeros números, se convirtió en eco fiel de la afición, y reconociendo los merecimientos de ambas eminencias taurinas, para ellas fueron preferentemente sus aplausos ó sus censuras, siempre imparciales, confirmadas luego por la opinión sensata. Hizo su causa, y se convenció y proclamó que eran dignos mantenedores del arte de Montes y de Romero, y como tales, exigió mucho de ellos y se acostumbró á ser también exigente con los demás.

Hace pocos años terminó su carrera vo-

luntariamente uno de esos dos incomparables diestros, Salvador; este la termina de igual modo el otro, Rafael. Durante el cuarto de siglo en que pelearon juntos, el toreo alcanzó uno de sus periodos de mayor esplendor; pero, para desdicha del mismo, al apagarse los destellos de esos astros de la tauromaquia, no dejan sucesores que puedan imprimirla el calor, el entusiasmo, la vida que ellos la imprimieron, y que puedan responder á las exigencias á que respondieron.

En su consecuencia, LA LIDIA, con su título tan acreditado y glorioso en la prensa taurina (permítasenos este pequeño desvanecimiento de última hora); LA LIDIA, con su formalidad y rectitud probadas; LA LIDIA, con su primacía sobre sus demás colegas, gracias á las bondades de la afición; LA LIDIA, repetimos, tendría que aflojar en su actitud y entereza, y que descender del nivel en que ha estado colocada, al que descende el arte con la ausencia de sus dos esforzados campeones; y antes que abdicar de sus ideales, y considerando cumplida su misión, prefiere terminar su existencia, coincidiendo con la retirada del famoso espada cordobés, y dejando archivada en sus colecciones las valerosas hazañas de Lagartijo y Frascuelo.

No se crea, sin embargo, que al hacerlo, rompen definitivamente sus relaciones con el público, el editor-propietario y los redactores. Son demasiadas las consideraciones que le debemos para que renunciemos á seguir cultivándolas, y quizá, con breve intervalo, volvamos á ponernos en contacto, mediante las indispensables reformas que la marcha de los acontecimientos nos aconsejen. El arte taurino completa una de sus épocas gloriosas en el año actual, y entra en otro período crítico, cuyo curso no es dable preveer. Tal vez, moderando exigencias, rebajando ideales, atemperándonos á las circunstancias y vaciándonos en los nuevos moldes que el gusto del público indique, seamos narradores de lo que viene, pero de todos modos, LA LIDIA habrá terminado su manifestación activa, y será solamente la crónica taurina encerrada en estas dos fechas: 1882-1893.

Sólo nos resta para terminar esta expo-

sición previa, garantizar á nuestros favorecedores que LA LIDIA, en los nueve meses que le faltan de publicación, cumplirá todos sus compromisos con la religiosidad que tiene por costumbre, y para lo cual le sobran elementos; y que procurará en su composición, tanto artística como literaria, sobrepasar á los años anteriores, en justa compensación para el público, de sus distinciones y bondades.

PRINCIPIO DE TEMPORADA



Ya lo saben nuestros lectores: el presente será el último año que se publique LA LIDIA.

No muere, porque para eso sería preciso carecer de fuerzas, y felizmente la sobra robustez: es que se retira á descansar, después de tan larga campaña, considerando terminada la misión que la trajo al mundo. Enseñando los buenos principios de la escuela clásica del arte, y trabajando con empeño dentro del más imparcial criterio por enaltecerle y propagarle, vino á estimular, á excitar la competencia que sostenían las dos principales figuras del toreo moderno; y cuando, por la retirada de ellas desaparece tan soberbia etapa de gloriosos recuerdos, también debe desaparecer el periódico que á su calor nació y que tan activa parte ha tomado en sus contiendas. Parecerá inmodestia; pero LA LIDIA espera que algún día su nombre ha de ir unido en la historia, á la época brillante de los célebres diestros Lagartijo y Frascuelo.

Estas, y las que exponemos en nuestro artículo de entrada con más amplitud, son las razones en que apoya LA LIDIA su retirada futura.

Pasemos ahora á hablar de lo presente:

Desde que cesamos en nuestras tareas en el año anterior, hasta ahora, pocas novedades han ocurrido en el mundo taurino, aparte del ca: a-

miento de dos apreciables diestros, matador el uno y picador el otro, que parece no se encontraban bien *sin torear* todo un invierno.

Dios los libre de cogidas de todas clases, y les proporcione adelantos en su carrera, difícil de suyo por la proximidad de los cuernos y demás contingencias. Se ha hablado mucho y lamentan algunos aficionados al toreo, de que no esté contratado para trabajar en la Plaza de Madrid, el aplaudido Manuel García (el Espartero), pues tiene partidarios que hubieran preferido verle pisar nuestro redondel, con preferencia á algún otro de los contratados. Respetando esa opinión, creemos que el valiente diestro ha obrado cuerdamente, alejándose por un año, al menos, de nuestro Circo; ha tenido, sin duda, en cuenta, que prodigándose demasiado, el público se hastía de ver siempre lo mismo; que él (y en esto no se diferencia de los contratados) no tiene más que un solo modo de matar toros. Que pase tiempo, que el veleidoso pueblo se canse—que sí se cansará—de alguno de los matadores escriturados, y entonces podrá venir de refresco á sostener la afición, que no son tantos los que hoy pueden verificarlo sujetándose á las reglas del arte.

Los novilleros nada han adelantado, y no se vislumbra, ni aun en lontananza, un hombre que pueda suplir dignamente á los que se van, y que haga marcar lo que tanto se echa de menos; una nueva tendencia al toreo verdad, al toreo clásico de Montes, Redondo y Cayetano. Únicamente Antonio Fuentes ha hecho concebir, por su frescura y buena escuela, algunas esperanzas, pero se quedará en flor como tantos otros si torea pocas veces y toma antes de tiempo la alternativa. ¡Ojalá nos equivoquemos!

* *

El cartel de abono ha caído como una bomba entre la gente aficionada en Madrid á las corridas de toros. No puede darse otro que, al mismo tiempo que perjudique al espectáculo, haya de resultar más lesivo á los intereses de la Empresa, si no salen fallidos los cálculos más fundados; porque suponer que con dos matadores de primera categoría y tres *tempranales*, que podrán cuajar ó no con el tiempo, se cubren las exigencias del primer Circo de España, es pensar en lo imposible. Añadir que serán corridas de abono las en que trabajen los dos primeros espadas, y todas las en que trabajasen los tres últimos, es decir, siempre, es el colmo de una *sans façon* de que no hay ejemplo. ¡Queremos que el público, que ha visto por una peseta á los que no hacen hoy más que lo que hacían ha dos años, cuando aspiraban al nombre de matadores, satisfaga ahora cuádruple cantidad sin razón justificada! ¡Y pagando de una vez el precio de diez corridas, cuyo importe en ningún establecimiento de crédito ha de depositarse! ¡Y sin ofrecerle siquiera el aliciente de que pueda tener el gusto de ver, durante el abono, la despedida de Lagartijo, ni la corrida de Beneficencia, ni...! Dejada de la mano de Dios ha estado la Empresa, y sin acordarse de El ni del diablo, la primera autoridad de la provincia, que consintió semejante cartel, cuyos desastrosos resultados han de experimentarse más de una vez.

¿Qué tal sería el efecto causado por la mencionada *aleluya*, que la misma Empresa, en cuyos oídos debieron zumbiar desagradablemente los clamores de la opinión pública, anunció después, «que el abono sería por sólo ocho corridas, en vez de nueve, y que no tendrían el carácter de tal abono las corridas en que trabajen los tres últimos espadas, sino cuando substituyan por enfermedad á los dos primeros?» Del mal el menos; pero ni aun así quedan satisfechos los abonados, que se creen con derecho á mejores combinaciones y mayor seguridad en sus intereses.

* *

Mazzantini y Guerra serán los principales actores que han de proporcionar al público madrileño los ratos de entusiasmo, angustia y pla-

cér, que la difícil y arriesgada profesión de torear lleva tras de sí en todas sus manifestaciones. ¿Satisfacen por completo esos nombres á los aficionados madrileños? Si hemos de pensar en los antecedentes de esos diestros, la combinación es acertada; pero los dos necesitan *apretar* mucho, y sobre todo, entablar competencia formal, noble y con sujeción al arte; que aquél que mas le observe se llevará la palma, especialmente si contra nuestras esperanzas ejecuta *aquella* famosa suerte de matar, de que parece no conocen más que el título. El tiempo lo dirá.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

EL ÚLTIMO MAESTRO (LAGARTIJO)



Pocas veces se emplea en achaques de tauromaquia la palabra *maestro*, con entera propiedad. Viénesse aplicando sistemáticamente, largo tiempo hace, en equivalencia de la de espada ó matador; pero ¡cuántos de éstos á los que favorecemos con dictado tan honroso, resultarían adulados todavía con la más modesta y tolerable calificación de aprendices!

Nos confesamos también pecadores del abuso de la respetable frase; mas vaya en disculpa la incontrastable fuerza de la rutina, á la que difícilmente habrá mortal que pueda sustraerse, y dénos el arte su absolución si en ello hallare falta, ya que en cometerla somos tantos, casi todos, y tan bien avenidos.

Y si un acto de contricción, da á un alma la salvación, según la proverbial, pero ramplona poética popular que á cada paso recitamos los españoles, seguros estamos de que al terminar estas líneas habremos lavado nuestra repetida culpa, reconociendo que es ésta de las contadas, tal vez la única ocasión, taurinamente hablando, en que pensamos aducir con pleno convencimiento la palabra *maestro*.

Sí; ha llegado el momento en que sin reservas ni distinguos de ninguna clase, dejemos á la pluma que marque tan cariñoso y relevante título, junto al nombre y apellido más saturados de popularidad y simpatía, de RAFAEL MOLINA.

Sucedé de continuo que la luz que se debilita interesa nuestra mirada, más con el afán de que pueda adquirir mayor intensidad, que con la posibilidad de que se oscurezca y apague; que la vida que se extingue atrae nuestro cuidado, más en la esperanza de que se reanime y prospere, que en la alternativa de que se reanque y acabe. En ambos casos, y ante la desagradable realidad, la imaginación se resiste á dar crédito á los hechos, y la pupila se fija con insistencia en el punto del espacio en que la luz brillara, y el afecto humano busca en balde en el círculo social al ser que desapareciera.

Cosa parecida acaece al hombre en sus aficiones y preferencias. Sabe que ha de llegar un momento en que por una ú otra causa tendrá que renunciar á lo que le satisface é interesa, y, sin embargo, prosigue dando pábulo á sus gustos y culto á sus ídolos, hasta que la marcha del tiempo y nuevas evoluciones le hacen lamentar la pérdida de aquello con lo que su manera de ser le familiarizara.

En el caso concreto del espectáculo taurino, tan encarnado en este pueblo, hay sus preferencias y favoritismos como en todo; pero nunca llegaron al extremo alcanzado durante la época en que Lagartijo y Frascuelo han asumido la representación de tan esforzado arte. Hace tres años, la afición vió contristada la desaparición de éste del teatro de sus triunfos, y se convenció de que su contrincante, recorriendo el mismo camino, no tardaría igualmente en desaparecer; mas poco afecta á dar acogida á malas nuevas, no obstante los rumores que presagiaban la proximidad del hecho, se inclinó más por continuar admirando la labor del antiguo diestro, que por preocuparse de su natural é inevitable retirada.

Nosotros mismos, no muy propensos á dejarnos llevar de rumores y conversaciones más ó menos autorizadas, apuntamos ligeramente algunas noticias sobre el asunto, y sólo cuando argumentos más prácticos nos han demostrado que el instante

se acerca, nos hemos decidido á ocuparnos de él, como lo hacemos desde el presente número.

Que el acontecimiento es de una transcendencia capital para la tauromaquia y para esta temporada en que ha de realizarse, no cabe duda; que la afición experimenta en ello un rudo golpe y es difícil preveer el rumbo que en consecuencia pueda tomar, no se oculta á nadie; y que venimos todos obligados á compensar al maestro de las agradables impresiones que con su incomparable arte nos ha hecho sentir, acompañándole cual se merece en su despedida, no hay que discutirlo. Por nuestra parte, emprendemos dignamente la tarea ofreciéndole las primicias de esta campaña.

No vamos á repetir la biografía del célebre diestro cordobés, que si alguien la ignora será de olvidada, ni sus innumerables proezas, ya archivadas en tiernas inteligencias. Cuatro perfiles y algunas consideraciones bastan á nuestro propósito de recordar su gallarda figura y su excepcional importancia en el toreo contemporáneo.

Lagartijo vino á la tauromaquia en una época floreciente para ella; era entonces mayor el número de notabilidades que el de medianías, lo contrario que ahora, y por tanto, más difícil la competencia, más empeñada la lucha y más legítimo el triunfo. Colocados á envidiable altura, los unos por sus conocimientos, los otros por su valor, alguno por su gracia, se necesitaba verdadera vocación para disputar el favor del público, á los toreros que se lo compartían, y desde luego hubiera podido calificarse de temeraria tal pretensión, si el joven cordobés no se hubiera presentado entre ellos llevando una considerable ventaja: el dón de naturaleza. En efecto; Rafael casi un niño, se revelaba artista de nacimiento, torero de sangre; y ese necesario estudio de apostura y desenvolvimiento que la práctica del ejercicio requiere, era en el ingénito, y se revelaba en las mismas proporciones de su cuerpo.

Esto sólo ya era suficiente para abrirse paso y reconcentrar hacia él la atención pública, que supo encadenar más todavía poniendo de manifiesto un arrojo quizá más propio de los pocos años que de las exigencias del arte, y acusando un estudio de observación de las condiciones de las reses, que habían de granjearle más adelante el primer lugar, en este concepto, y el título fidedigno de maestro, reconocido unánimemente hasta el día.

Pero sobre el valor para la lidia llevado al nivel del compañero que más lo acreditase y sobre la inteligencia en la Plaza, siempre en progresión, lo que verdaderamente empezó á admirarse en Molina, fué una elegancia y una finura en el juego del capote y muleta, derivada de los movimientos naturales del busto, que, creemos poder asegurar, que si no tuvo antecesores de quien aprenderla, tampoco por las trazas ha de hallar sucesores para imitarla. Treinta años de profesión agitada y ruda van transcurridos, y asombra el contraste presentado por las cicatrices y arrugas que se marcan en aquel curtido y sombreado rostro con la corrección de líneas, la compostura, el sosiego y la esbeltez de aquel tronco que ya se va resintiéndose bajo el peso de más de medio siglo.

Retirada la vieja representación del toreo, con la que Lagartijo alternase en sus primeros tiempos, uno sólo de los nuevos diestros pudo sostener la competencia con el espada cordobés, mantenida sin duda por la completa diversidad de temperamentos y la absoluta diferencia de escuela. Nos referimos al no menos famoso Salvador Sánchez (Frascuelo). Todo nervio, todo corazón, todo impaciencia éste, y todo arte, todo elegancia, todo aplomo aquél; esa misma antítesis, reflejándose en los diversos bandos, contribuyó á dar calor, animación y vida al espectáculo, sostenido con gran brillantez por ambos campeones un buen espacio de tiempo.

Salvador, algo más moderno, al sentir disminuir sus fuerzas, abandonó oportunamente la arena; Rafael hubiese tenido que hacer lo mismo si entre la gente nueva hubiera salido alguno que, como ellos en su época, viniera apretando. No ha sucedido así, y Rafael ha toreado tres años más que Salvador; y antes de que se resienta más su trabajada existencia, se retira á descansar pudiendo llevarse la convicción que nosotros corroboramos, de que entre esa pléyade de diestros que fluye constantemente en los Circos, como el manantial de la roca, no hay NINGUNO que en el apogeo de sus facultades se haya aproximado siquiera, no al Lagartijo de hace veinte años, sino al Lagartijo de los cincuenta.

Aparte de esto, Rafael se impuso una norma de conducta para con el público, que no podía por menos de aportarle todas sus simpatías. Sabido es que el trabajo del hombre no puede ser perfecto, y menos en el que se arriesga la vida, con lo que está dicho que el espada tuvo bastantes tardes desgra-

ciadas. La muchedumbre del Circo, que no suele pecar de tolerante en estos casos, vocifera, ruge y se desborda. ¡Ay del diestro que abrigue la necia pretensión de contrarrestar con sus ademanes, palabras ó actos, la irritada manifestación del monstruo de cien cabezas! Lagartijo sufrió resignado siempre el desfavorable fallo de la concurrencia, y correspondió afable y modestamente á las innumeras ovaciones que el mismo público se complacía en tributarle. ¿Era cuestión de carácter, ó estudiada hipocresía? Para nosotros, lo primero; pero en ambos casos estaba bien hecho y basta.

Mucho crédito nos merecen los historiadores del toreo, y no dudamos de la veracidad de sus asertos con relación á los lidiadores que no hemos llegado á conocer. Perdónennos, sin embargo, si nos atrevemos á apuntar la opinión de que nos inclinamos á creer que los dos de que nos ocupamos en estas líneas han llegado muy cerca, si es que no se han nivelado con sus más notables predecesores. Hay que tener en cuenta las circunstancias de una y otra época.

La escasez de Circos taurinos y la dificultad en los medios de comunicación, limitaban antes el número de las corridas, permitiendo á los diestros lidiar descansadamente, dedicarse al estudio y hasta inventar ó perfeccionar las suertes del toreo. Actualmente, multiplicándose diariamente las Plazas de Toros, viviendo los diestros en ferrocarril, y toreado cinco ó seis días de los siete de la semana, no es posible que los espadas inventen nada, y harían con resistir los efectos de tan violento ejercicio.

Considerando, pues, á Rafael Molina (Lagartijo) como una de las figuras más salientes del toreo, repetimos que su retirada voluntaria es un acontecimiento de transcendencia para el arte, que no dejará de preocupar á los verdaderos aficionados, los cuales aprovecharán la ocasión de demostrarle las vivas simpatías con que cuenta y el aprecio en que tienen sus merecimientos.

LA LIDIA no los estima en menos, y sin perjuicio de dedicarle otro número extraordinario en la última corrida que lidie en Madrid, inaugura su última campaña, ofreciendo el magnífico dibujo de Daniel Perea, tomado de reciente fotografía, y estos modestos renglones que, en testimonio de su admiración, envía al *último maestro*

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.



Quien quiera ver la gloria.... corregida,
¡que se ponga una tarde en la Cibele
al entrar ó al salir de la corrida!

SINESIO DELGADO.

Ni hay cuadro en todo el orbe tan animado ni pinceles que copien tanta alegría. Perdónenme este rasgo de desenfado, las hermosas regiones de Andalucía.

Podrá tener la tierra donde he nacido el cielo más hermoso del mundo entero, las campiñas más ricas de colorido, las hembras de más garbo, de más salero; inundará al planeta de *cantaoras* nidos de ruiseñores con forma humana, y será en todo tiempo y á todas horas, la cuna en que se mece la lira hispana.

Pero en punto á entusiasmo por las corridas no hay quien de los Madriles raye á la altura, y quedan las provincias obscurecidas ante afición tan grande, que ya es locura.

Son las tres: se inaugura la temporada con un cartel que colma las ambiciones; y hacia el Circo la gente va desalada en el Circo cifrando sus ilusiones.

El cielo, despejado; la tarde, fresca; precios.... los de costumbre; todo convida; salvo que de repente se arme la gresca, promete ser la tarde muy divertida.

Ya no hay en el despacho ni un mal tendido: los tienen los benditos revendedores, que darán una sombra por un sentido y aún dirán que hacen gracia de sus valores.

Pero el aficionado de pura raza —y en Madrid lo son todos en sumo grado— no dejará esta tarde de ir á la Plaza, aunque saque el bolsillo descalabrado.

Y allá van los Madriles, á pie ó en coche; los pobres y los hijos de noble cuna; desde el que de sus rentas hace un derroche, al más desheredado de la fortuna.

Es un *sport* extraño que da mareo, de ríppertis, de tranvías y de *simones* que termina en las puertas del coliseo; lleno de peripecias y de emociones.

Y en rápida carrera tornan y vuelven

por la anchurosa vía que lleva al coso, y entre nubes de polvo, que los envuelven, van produciendo un ruido vertiginoso.

Entre tanto, la *andante chulapería* fluye por todas partes con donosura, y en brillante desfile va su alegría luciendo de consuno con su hermosura.

¡Hay que ver las mujeres que da la corte cuando las ó en grupos van por la calle, con su pisar menudo, su altivo porte y el mantón de Manila ceñido al talle.....!

La mujer madrileña triunfa ella sola de todas las mujeres del orbe entero; es el tipo genuino de la española que vuelve loco á Cristo, con su salero.

Y al verla ir á los toros pasito á paso moviendo las *hechuras* con tal desgaire, el mismísimo cielo se queda raso para decirle flores que lleva el aire.

¡No es posible que el mundo tenga pinceles que de cuadro tan lindo den cabal traza, y es preciso pasarse por la Cibele á la hora en que se sale ó entra á la Plaza!

.....

Ya ha ocupado su puesto la Presidencia; carines y timbales dan la salida y el público da muestra de su impaciencia; conque, lector amigo, con tu licencia. Me voy á ver los lances de la corrida.

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



I

DURANTE el año último, Mazzantini ha ganado 40.000 duros.... ¡Quién había de decirselo al valiente diestro cuando dependía de un modestísimo empleo en ferrocarriles!»

La lectura de la noticia que antecede, inocentemente publicada en un diario, llevó al alma de don Estanislao Rebeque extraordinaria amargura. ¡Pueden ganarse 40.000 duros anuales! —se decía.— Y después, como era cesante del Tribunal de Cuentas, y estaba acostumbrado á hacerlas, meditaba en el ejército de maestros de escuela que habría de reunirse para que su paga equivaliera á lo que Mazzantini, sólo Mazzantini, cobra por matar unos cuantos toros.

—¡Como si esto tuviera algo de particular! — seguía diciendo para sí.... — ¡Un poco de corazón.... serenidad.... alguna fuerza muscular.... y un buen apoderado que le jalee á uno en los periódicos.... Si yo quisiera!....

Y con este y otros análogos pensamientos, se quedó Rebeque dormido, y soñó que veía realizados todos sus deseos. Vestía chaqueta azul y oro, taleguilla del mismo color, y, adicionadas sus pantorrillas con unas mallas rellenas de algodón en rama, estaba que parecía otro. La ausencia de su cabello había sido remediada por un hábil artífice que le confeccionara una elegante peluca, con larga y bien trenzada coleta, que daba la hora. Y veía llegar á su casa quince, veinte, treinta monos sabios, conduciendo cada uno de ellos una pesada espuerta; pero no llena de tierra como las de la Plaza, sino de relucientes y recién acuñadas monedas de cuatro duros; detrás de aquéllos, entraba en la sala el administrador de la Empresa, encorvado bajo el peso de unos enormes legajos que desataba, y de los cuales extraía á puñados billetes de mil pesetas, que volaban por la habitación, alfombrándola por completo y tapizando paredes y techo, mientras que los monos sabios iban vertiendo sus espuestas en un baulmundo que no debía tener fondo, á juzgar por lo que tardaba en llenarse.

—¿Qué tienes, que estás tan inquieto? — le preguntó su esposa despertándole.

—Dios te lo perdone, Sempronia: no sabes lo dulcísimo del sueño que me quitas.

—Sí.... siempre estarías soñando con alguna *pendona*.

Y Rebeque guardó silencio, sin atreverse á discutir el delicado punto que trataba su esposa; y al poco rato, volvió á quedarse dormido y volvió á soñar. Y soñó que llegaban á su puerta varios toreros, y que al verles, bajaba al portal y subía á una carretela, cuyos briosos caballos se lanzaban al galope entre los gritos de entusiasmo de la muchedumbre, y los saludos que le dirigían con sus pañuelos las mujeres, y seguido de un enjambre de muchachos, la flor y nata del arroyo, que le vitoreaban á él, á Rebeque, al escribiente del Tribunal de Cuentas, cesante por reforma.

Después, cambiaba la decoración y se veía en la Plaza de Toros; otro matador le entregaba un trapo encarnado y un estoque, y él saludaba al palco presidencial y marchaba á encontrarse con el toro.... un toro del tamaño de uno de los cerros de San Isidro; un toro, no de libras, sino de toneladas, y con unos cuernos.... ¡María Santísima! Unos cuernos que se alargaban, se alargaban en dirección á su enemigo... Y Rebeque recogía la muleta y echaba á correr despavorido hacia la barrera, mientras el toro, sin moverse, le tiraba uno de sus cuernos, y éste buscaba en su cuerpo fácil entrada, sin perjuicio de destrozarle luego todo el interior.

—¡Pero, que te llevas toda la ropa! — volvía á decir Sempronia, despertándose con el frío.— Y observando que su marido, mientras ocupaba la mano izquierda con las mantas, tenía en la derecha una vara de medir, añadió acongojada: Ah ¡Infame! ¡No sólo sueñas con la otra, sino que cojes esa vara para zurrarme á mí!....

II

La decisión de Rebeque era irrevocable: constituyó una verdadera obsesión, y despierto y levantado, se propuso poner en práctica la heroica resolución que acariciaba. Todo cuanto había soñado era una exageración sin duda, lo mismo las espuestas de oro y los legajos de billetes, que la longitud de las astas de la res; pero reducido á sus naturales proporciones, su empeño podía ser práctico. Cierta que no conocía á nadie que pudiera iluminarle respecto á los trámites que debería llenar para que le diesen la alternativa y matar reses bravas en la Plaza; pero él lo averiguaría, y lo averiguaría en seguida.

—La calle de Sevilla se dijo — es el cuartel general de los toreros. Vamos hacia allá.

Y así lo hizo, resuelto á trabar conversación con el primero á quien encontrara.

Con efecto; apenas asomó por ella, cuando vió parado, junto á la puerta del Café Inglés, á un torero, reluciente de cadenas y brillantes, con chaqueta de terciopelo y camisa de chorreras.

Otros dos individuos del gremio, que á la sazón pasaban junto á Rebeque, debieron verle también; pues dijo uno de ellos:

— Ahí está ese *maleta*.... ¡Pues no tiene poca *fantasia* desde que ha toreado en Esquivias!

¡Qué más quiso oír nuestro Rebeque! Acercóse al aludido, con el sombrero en la mano y dibujando en sus labios la más amable de sus sonrisas, y le preguntó:

—¿Es el señor de Maleta á quien tengo el honor de hablar?....

Pero no había acabado todavía su saludo, cuando cayó rodando al suelo, á consecuencia de una terrible bofetada, de las de cuello vuelto, que, sin duda, constituían el repertorio del torero en cuestión.

Y Rebeque se puso en pie con bastante trabajo; fué en busca de su sombrero que yacía á muy respetable distancia, y cuando dirigió la vista al lugar de su tragedia, no vió ya al causante de la misma.

En cambio se encontró junto á un grupo del que formaban parte los dos individuos que poco antes pasaron junto á él, y oyó que uno de ellos le decía:

—¡Gran torero haría usted!

Rebeque olvidó instantáneamente su mal trance, y contestó:

—Gracias.... pero ¿en qué lo ha conocido?

—En que todos le hemos visto *recibir*.

—Y *aguantar* —añadió otro de los del corro.

—Pues, sí que pensaba dedicarme al arte, y si ustedes fueran tan amables que me instruyeran....

—¿Usted ha visto muchos toros? — le preguntó otro de los individuos del grupo

—Sí, señor: yo no faltaba nunca en la Plaza antigua al tendido de los sastres, para ver los arrastrados.

—¿Y tiene usted piernas?

—Sí, señor, dos.

—¿Y buenas espaldas para dar tumbos?

—Regulares.

—Y corazón....

—Sí, yo creo que sí.... Y además de niño jugaba mucho al toro.

—¿Y después, de casado?....

Rebeque iba á contestar, cuando encarándose con él otro de los de la cuadrilla, que parecía más respetable, aunque sólo fuera por las canas, le endilgó el siguiente discurso:

—Buen hombre, no haga usted caso de estos *guasones*. Si es que ha bebido usted un par de copas más de lo justo, nada le digo; pero si de buena fe ha creído que puede dedicarse al toreo, es un deber de conciencia desengañarle. Para la lidia hace falta haber nacido; haber tomado parte en las capeas y novilladas; haber practicado en las dehesas y en el

matadero; tener vergüenza torera, gallardía y juventud, y llevar escrita la afición en las costuras y agujeros de la piel. Usted ni ha sido, ni es, ni podrá ser nunca torero; y, si tanta es su afición á los cuernos, dedíquese á la caza de caracoles, que en esa no suele haber peligros.

III

El bueno de Rebeque se alejó del grupo mohino y confuso; pero como en esto de las vocaciones, todo estriba en que se lleguen á manifestar, al cabo se ha salido con la suya, siendo contratado por la empresa..... para prestar servicio como acomodador en una andanada. Y aun desde aquellas alturas no puede ver sin cierto espanto á alguno de los toros cuando salen del toril, y los compara mentalmente con el de su sueño, y aún le parecen mayores y más fieros. Lo único que hace con tranquilidad y resignación, es cobrar la pesetilla con que se retribuye su trabajo..... ¡el que había soñado con ríos de oro y quintales de billetes de Banco!

M. OSSORIO Y BERNARD.

RECUERDOS TAURINOS

ON el último número del año anterior presentábamos á la curiosidad de los aficionados algún documento que no considerábamos exento de originalidad, y de cuya lectura podían hacerse comparaciones entre tiempos y tiempos taurinos. No eran sólo aquellos los que podíamos ofrecer, y á continuación insertamos algún otro de la misma época, como complemento de los que entonces publicamos y que se prestan igualmente á ciertas consideraciones.

Retrocediendo unos cuantos años, nos hallamos con otras fiestas reales, en las que como principal elemento se jugaron dos corridas de toros en la Plaza Mayor, con motivo de las bodas de la dicha Reina D.^a Isabel II, con su primo D. Francisco de Asís de Borbón.

Celebráronse las supradichas corridas los días 14 y 16 de Octubre de 1846.

Trabajaron en ellas, según documento que tengo á la vista, las personas siguientes:

Caballeros rejoneadores: D. Fernando Acebez y Don Mariano González.

Supernumerario: D. José Pérez Olmedo.

Picadores: Antonio Sánchez, Antonio Rodríguez, Antonio Fernández, Juan Gallardo, José Alvarez, José Muñoz, Pedro Romero, Manuel Lerma, Juan Martín, Francisco Atalaya y Manuel Martín.—Sobresalientes: Anastasio Capón, Manuel Cartón, José Zapata, Lorenzo Sánchez, Antonio Pastor, Francisco Míguez y Antonio Rodríguez Cadenas.

Espadas: Juan León, Juan Jiménez, Francisco Montes, Francisco Arjona Guillén (Cúchares), Juan Martín, José Redondo (Chiclanero), Manuel Díaz (Lavi), Gaspar Díaz, Juan Lucas Blanco, Pedro Sánchez, Antonio del Río y Julián Casas.—Sobresalientes: Isidro Santiago (Barragán) y Francisco Ezpeleta.

Banderilleros: Gregorio Jordán, José Antonio Calderón, José Usa, Felipe Usa, Juan Martín, Javier Casas, Manuel Camilo, Pablo Ramos, Manuel Arjona, Nicolás Baró, José Jiménez, Pedro Parraga, Manuel Ortega, Enrique Ortega, Matías Muñoz, Manuel Guzmán, Cayetano Sánchez, Juan José Jiménez, Manuel Jiménez, Blas Melz, José Arjona, Pedro López, Angel López, José Trigo, José Pichoco, Manuel Rodríguez y José Fernández.

Cacheteros: Gabriel Caballero y José Díez.

El importe de la cuadrilla en las dos corridas, con más los gastos causados por la ida y vuelta á Andalucía de muchos de los toreros, ascendió á más de 25.000 duros.

Es también por demás curiosa la relación del precio y coste de los 105 toros que se adquirieron, nota mucho más de apreciar, si se establece la comparación con los actuales, dadas las condiciones á que han venido á parar las famosas ganaderías que en la nota figuran. Dice á la letra:

NOTA de los precios, que según convenio de los señores Comisarios de toros para las funciones reales que han de verificarse en la Plaza Mayor por el matrimonio de la Reina N. S., se han de abonar á los dueños de dichos toros, por los que respectivamente han convenido entregar para dicho objeto.

Toros.	Rs. von.
4 De D. Joaquín Mazpule, aunque con-	
venido al respecto de 1.500 rs., se	
abonan sólo á razón de 1.000, im-	
portando en su consecuencia los	
cuatro.	4,000

Toros.	Rs. von.
28 Del Sr. Marqués de Casa Gaviria, á	
3.000 rs.	84,000
28 De los Excmos. Sres. Duques de Osu-	
na y de Veragua, á 3.000.	84,000
3 De la vinda de D. Rafael José Cabrera,	
á 2.600.	7,800
4 De D. Manuel Bañuelos Rodríguez,	
á 1.500.	6,000
8 De D. Juan José de Fuentes, á 2.500.	20,000
3 De D. ^a Isabel Montemayor, viuda de	
D. Pedro Lessa, á 3.400.	10,200
2 De D. Manuel de la Torre y Rauri,	
pues aunque se convino en pagar 6,	
retiró después 4, á 2.800.	5,600
4 De D. Elías Gómez, á 2.500.	10,000
4 De la Excmo. Sra. Condesa de Sava-	
tierra, á 2.400.	9,600
2 De D. Luis de Lizaso, á 1.600.	3,200
3 De D. Luis María Durán, á 2.900.	8,700
6 De D. Antonio de Palacio, á 1.950.	11,700
3 De D. Diego Hualde Barquero, á 2.700	8,100
3 De D. Saturnino y D. Vicente Ginés,	
á 2.200.	6,600
105	Rs. von. 279,500

¡Qué enseñanza más provechosa pueden dar al aficionado las precedentes cifras! ¡Antes toros hechos y serios, á 2.000 reales! ¡Hoy, becerros al destete, 8.000!

**

Hay entre los papeles de la referida fecha, una curiosa carta del picador Andrés Hormigo, cuya copia transcribimos, tal y como fué escrita, de mano ajena, y suscrita por el famoso picador.

Vino á Madrid doblada en el mismo pliego, y con el sobrescrito en esta forma:

A El Señor Marqués de
Perales C^o de la Madalena
en
I R
MADRID

El contenido es como sigue:

Salamanca y 26 de Setiembre de 1846.

Señor Marqués de Perales.

Muy Señor mío, y amigo recibí su apreciable fecha del 24 del corriente por la que veo han echo Vdes. el favor de acordarse de mí por lo que le viviré toda mi vida agradecido á V. S. y á los demás compañeros pero allandome en cama con calenturas hace dos meses y medio y la enfermedad sin querer ceder en nada, y por esto mismo no puedo ir á esa y lo siento infinito pues ya llevo ocho meses de enfermedad y yave V., S., si me ará falta el dinero cuando no vivimo de otra cosa, V., S., disimule que no baya la carta como correspondia pues no se otra cosa, y V., S., mande á este su seguro servidor que S. M. B.

Andrés Hormigo.

No puede darse en la carta mayor sinceridad, y es prueba palpable que el amanuense no andaba muy á buenas con la Ortografía.

**

Termino, pues, de fatigar por ahora á los lectores de LA LIDIA, y hasta ocasión próxima, en que prometo hacerles conocer otras cosas no menos interesantes para la afición taurina.

FEDERICO MÍNGUEZ.

Toros en Madrid

CORRIDA DE INAUGURACIÓN

2 ABRIL DE 1893

El cielo no estaba claro, y del sol, el arrebol no lucía, porque el sol es, como buen viejo, raro.

Mas aquí nadie se cuida de su elevada chochez, y el pueblo con avidez se lanzaba á la corrida.

Como de inauguración, aunque mala por la traza, había en la hermosa Plaza contento y animación,

y unas mujeres tan.... tan.... que al verlas queda uno inerte. ¡Milida sea mi suerte! ¡Que no fuera yo sultán!....

Lo cual quiere decir que la animación y el movimiento eran los mismos de costumbre para estas solemnidades. Abrían la temporada la ganadería de D. Carlos López Na-

varro y las cuadrillas de Mazzantini y Guerrita, y el Presidente fué exacto en hacer la señal, á las cuatro de la tarde.

Primero, de Colmenar, al que no quiero nombrar;

negro zaino, largo, fiaco y abierto de astas. Con alguna voluntad y poder, entró á varas seis veces; por dos descendimientos y un caballo muerto. Juan sale en falso, y clava un par de sobaquillo; vuelve á salir falsamente, y deja otro á la media vuelta, y Tomás cuarteo uno bueno. El toro incierto. Mazzantini, de luto riguroso, por la reciente pérdida de su padre, pasa cuatro veces al natural, tres con la derecha y una con preparación, y entra al volapié, resultando una estocada algo pasada y con tendencias. Termina con un descabello á pulso.

Segundo, tras el primero, tampoco nombrarle quiero;

negro, bragado, mejor criado y ancho de cuna. Salió con muchos pies, que nadie se cuidó de parárselos, é hizo mejor pelea en el primer tercio, porque Pegote le pegó mucho en cinco varas, amén de otras dos del compañero. Dos tumbos y dos caballos. Primito, por su sistema, le adornó con dos pares de palos desiguales, y Antonio Guerra con otro del mismo fuste. Guerrita, de corinto y oro, lo trastea brillantemente con uno natural, cuatro en redondo y seis cambiados, y le mete en el cuerpo una estocada á volapié, buena, pero buena. (Ovación.)

Sale el tercero al momento, y el nombre callo de intento;

cárdeno chorreado, el de mejor lámina y recogido de cuerna. Blandito de suyo, se satisfizo con media docena de puyazos á cambio de dos caídas y un caballo. Galea cuarteo dos rehiletes con poca simetría, y repite, con el concurso de toda la cuadrilla, con un par al sesgo diuuladamente. El Regaterillo se metió bien en otro par de frente. Mazzantini pasó el trapo por la cara del toro, siete veces al natural, seis con la derecha, dos de telón y algunos medios pases en dos partes, y venció al enemigo con una estocada á volapié ida y pasada, otra ídem, ídem, tendida, y un descabello á la segunda.

El cuarto que aparece que su nombre revele, no merece;

negro zaino, pequeño, flaco y algo caído del izquierdo. El más bravito en varas; tomó seis con deseos, causó tres buenos revolcones y dejó otras tantas vacantes en la caballeriza. Almendro, con un par al cuarteo pasado, y medio á la media vuelta, y el Primo, con otro regular, adornan al bi ho, que cortaba el terreno Guerrita, con poca calma, le pasa con diez naturales, cuatro derecha, un preparado y dos de telón, para una estocada á volapié, corta y caída.

Del quinto, no os asombre si me reservo el nombre;

negro listón, de poco cuerpo y bien colocado. Doliéndose al hierro, lo probó cinco veces, derribó dos á los lanceros y restó dos caballos. Tomás sale del paso con un par al cuarteo y medio de vuelta, y Juan con otro en la primer forma, regular. Mazzantini, tras seis naturales y siete con la derecha, suelta un pinchazo perpendicular á paso de banderillas, y con dos más naturales, una estocada á volapié desde lejos.

Y ya por los chiqueros asoma el sexto, y su nombre de pila no manifiesto;

negro bragado, pequeño y corto y derecho de agujas. Topando inconscientemente, le tomaron el pelo diez veces, sin más consecuencias; le parearon Guerra y Almendro medianamente, y lo mató Guerrita de una estocada á volapié, caída, después de veinte pases de todas formas.

RES JMEN

Se presta á pocas filosofías. El ganado de López Navarro, podrá tener muy buena historia; pero actualmente dista bastante de figurar en primera fila, y al dedicarlo la Empresa á inaugurar la temporada, ha padecido un error lamentable.

Y conste que contra todas nuestras presunciones, ha dado de sí lo que no esperábamos. Pero, de todas maneras, la lidia de los dos últimos, resultó aburridísima, insostenible, por la insulsez de las reses.

Mazzantini. — En la brega del primero, que era codicioso para el trapo, ni paró ni se apretó con él, y gracias que tuvo fortuna para herir. En la del tercero, que acudía bien, consintió la intervención de Juan, completamente innecesaria, sin que tampoco hiciese nada de particular; y en el quinto, la faena tan aburrida como el toro. Hubo que acompañar al diestro y á la res en el sentimiento.

No empezamos, don Luis, como acabamos, y que no sea así, lo lamentamos.

Guerrita. — Desarrolló con el segundo una lidia preciosa y á toda conciencia, salvo el pasecito de la vuelta que es de Circo, pero no taurino, é hirió muy superiormente; mas con éste se apagaron los fuegos; y en el cuarto, porque acosaba algo, se precipitó y perdió terreno: con los toros que empujan, es con los que hace falta el castigo y el aplomo. En el último, la faena fué pesada por sus condiciones, aunque el diestro hirió bien. Total: en seis toros, una faena aceptable.

El resto de la lidia no dió de sí cosa notable; la Presidencia muy bien, á pesar de algunas inteligencias conspicuas; la entrada buena, sin agotarse el papel; y el tiempo... del tiempo, primaveral.

D. CÁNDIDO.



R. Molina

RAFAEL MOLINA (Lagartijo).